

Podría definirse la "coronelitis", siguiendo la acostumbrada nomenclatura hipocrática, como una inflamación de los coroneles. La denominación, sin embargo, puede prestarse a confusiones, ya que no expresaría en forma cabal lo que la palabra pretende significar: la "coronelitis" no es, en realidad, la inflamación de un conjunto de cuerpos dados sino la de ciertos órganos de esos cuerpos, principalmente la de los órganos superiores. J. del Prado y M. Amster, en su "Técnica de la Teratología Estratégica", han insistido en el carácter psiquiátrico de esta enfermedad, que tanto estragos ha causado y causa en ciertos países coloniales y semicoloniales, en algunos de los cuales ha alcanzado y alcanza proporciones realmente alarmantes, con el agregado de que, debido a su alta contagiosidad, rebasa en muchos casos las fronteras nacionales, convirtiéndose en una plaga internacional. A pesar de todo, la denominación subsistirá; se trata de una enfermedad específica.

Los síntomas son ya conocidos: empiezan por cierta euforia somática y psíquica, sin dirección inicial determinada. Aparece, en seguida, un complejo de supervaloración personal y social, gracias al cual el paciente llega al convencimiento de que él no ha nacido sólo para cobrar su sueldo, comer, reproducirse, estudiar planes y planos y prepararse para defender el territorio de su país cuando, en otro país, generalmente vecino, individuos de igual o superior categoría se vean atacados de un mal tan lamentable como la "coronelitis": la nacionalitis agresiva. Este es el segundo estado de la enfermedad.

El tercer estado se caracteriza por la transformación -- inflamación, mejor dicho -- de los centros cerebrales que rigen la palabra y la escritura: el paciente, de ordinario enemigo de palabrerías y discursos verbales o escritos -- virtud que le hace apreciable en la vida social y que lo distingue, con orgullo, de los profesionales de la política y otras acti-

3

vidades exclusivamente glosofaríngeas -- se ve impulsado a una "demostenitis" irrefrenable. Es el estado contagioso, prelude de la crisis que estallará inmediatamente en una frase que será repetida hasta el cansancio: "¡Hay que salvar el país!" Sólo muy pocos y ponderados individuos logran salvarse del contagio (en la historia de estas epidemias específicas se conoce un solo país en que el mal haya atacado a una única persona: Colombia).

Los resultados de este flagelo son ya conocidos: revoluciones, persecuciones, alarma internacional y, muchas veces, empobrecimiento del país y enorme crecimiento de las deudas externas e internas. Felizmente, la inflamación va bajando de grado: primero fué "mariscalitis" y "generalitis" luego; va ahora en "coronelitis". Es de esperar que con el tiempo, a medida que los pueblos maduren y se recorran todos los grados del escalafón, la enfermedad desaparezca del todo. Así sea.

Manuel Rojas

CELICH UC  
Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©